

A estas dificultades de poca gravedad en la esencia se juntaban otras accesorias relativamente á los prisioneros, á la deuda, á los secuestros, y sobre todo á los aliados de las dos partes contratantes y al papel que se les asignaba en el protocolo. Sin embargo, urgía llegar al fin y poner término á la ansiedad del universo. Por un lado el gabinete inglés quería concluir antes de la convocación del parlamento; por otro el primer cónsul temía á cada instante que llegase la noticia de la rendición de Alejandría, porque la resistencia prolongada de esta plaza mantenía en pie una duda útil para la negociación. Impaciente por los resultados grandes, anhelaba que llegase el día de pronunciar ante la Francia la palabra nueva y mágica, no de paz con Austria, Prusia y Rusia, sino de paz general con el mundo entero.

Convínose por consiguiente en consagrar inmediatamente los grandes resultados obtenidos y en reunir á una negociación ulterior las dificultades que ofrecían la forma y los pormenores. Imagínese para esto redactar unos cuantos preliminares de paz, é inmediatamente después de firmar dichos preliminares encargar á los plenipotenciarios que redactasen con todo espacio un tratado definitivo. Toda dificultad no fundamental, y cuya solución diese origen á lentitudes, quedaría, pues, aplazada para este tratado definitivo. Quiso el primer cónsul, para estar más seguro de concluir pronto, asignar á los negociadores un plazo determinado. Corría el mes de septiembre de 1801 (fines de fructidor del año ix), y les concedió de término hasta el 2 de octubre (10 vendimiario del año x). Pasado este día, estaba decidido á aprovechar las brumas del otoño; así lo aseguraba para realizar sus proyectos contra las costas de Irlanda y de Inglaterra. Dijose todo esto con los miramientos debidos á una nación grande y altanera, pero con ese tono perentorio que no da lugar á la menor duda.

Los dos negociadores Otto y lord Hawkesbury eran hombres probos y amantes de la paz. Queríanla por ella misma, y además por la ambición asaz legítima y natural de escribir su nombre al pie de uno de los más grandes tratados de la historia del mundo; así fué que en la redacción de los preliminares se hicieron mutuamente todas aquellas concesiones que eran compatibles con sus instrucciones.

Convínose en que Inglaterra restituiría á Francia y á sus aliados, esto es, á España y á Holanda, todas las conquistas marítimas que había hecho durante la guerra, á excepción de las islas de Ceilán y de la Trinidad, que había definitivamente adquirido.

Tal fué la forma admitida para conciliar el justo orgullo de las dos naciones. En resumen, la Inglaterra conservaba el continente indiano que había conquistado contra los príncipes de aquella región, la isla de Ceilán, arrebatada á los holandeses y complemento necesario de aquel vasto continente; igualmente la isla de la Trinidad, arrebatada á los españoles en las Antillas. Podía así quedar satisfecha la ambición nacional más exigente (1). Ella por su parte restituía á los holandeses el

(1) Hacía 50 años que Inglaterra envidiaba á Holanda la pingüe colonia de Ceilán, y baste para encarecer su valía el recordar que la admirable campaña del Bailío de Suffren en la India no tuvo más objeto que impedir á los ingleses la ocupación de Ceilán y del Cabo.

(N. del T.)

Cabo (2), Demerara, Berbice, Essequibo y el Surinam; á los franceses la Martinica y la Guadalupe, Menorca á los españoles y Malta á la orden de San Juan de Jerusalén. Por lo que hace á este último punto, el tratado definitivo debía designar la potencia que hubiese de garantizarlo. La Inglaterra evacuaba á Porto Ferrajo que con la isla de Elba correspondía á los franceses; éstos en compensación debían evacuar el Estado de Nápoles, es decir, el golfo de Tarento (3).

El Egipto finalmente quedaba abandonado por las tropas de las dos naciones y devuelto á la Puerta. Los Estados de Portugal estaban garantidos.

Si hemos de considerar solamente los grandes resultados que ciertamente disminuían ó aumentaban muy poco esas restituciones tan debatidas de unas cuantas islas, he aquí lo que resultaba del tratado. En una lucha de diez años, la Inglaterra había adquirido el imperio de las Indias sin que le sirviera de contrapeso la adquisición del Egipto por la Francia; pero ésta en desquite había cambiado la faz del continente en provecho propio: había conquistado la formidable barrera de los Alpes y del Rhin, alejado para siempre á Austria de sus fronteras con la adquisición de los Países Bajos, arrancado á esta potencia el eterno objeto de su codicia, es decir, la Italia, que casi en totalidad había pasado bajo la dominación francesa. Por medio del principio establecido de las secularizaciones había debilitado considerablemente á la casa imperial de Alemania, favoreciendo á la casa de Brandeburgo. Había hecho sufrir á la Rusia muy duros escarmientos por haberse querido entrometer en los asuntos del Occidente. Dominaba en Suiza, en Holanda, en España y en Italia; ninguna potencia ejercía en el mundo prestigio igual al suyo, y si la Inglaterra se había engrandecido en el mar, también la Francia había agregado á la extensión de sus orillas las costas de Holanda, Flandes, España é Italia, países completamente sometidos á su dominación ó á su influjo. Grandes eran, pues, sus medios y su poder marítimo.

He aquí lo que concedía la Inglaterra al firmar los preliminares de Londres, aunque en verdad recibía como pago todo el continente indiano. Bien podía la Francia conformarse con ello. Nuestros aliados vigorosamente defendidos recobraban casi todo lo que les había hecho perder la guerra. La España por su propia culpa se veía despojada de la Trinidad; pero ganaba en Portugal á Olivenza y en Italia la Toscana; la Holanda abandonaba el Ceilán, pero recobraba al mismo tiempo sus colonias de la India, el Cabo y las Guayanas; además quedaba libre el estatúder.

Tales eran las consecuencias de aquella hermosa paz, la más gloriosa de todas las que ha celebrado la Francia. Natural era que el negociador francés se mostrase impaciente por concluir: había llegado el 30 de septiembre y aún ofrecían entorpecimiento algunos pormenores de redacción; vencieron por fin, y el 1.º de octubre por la noche, víspera del día señalado por el primer cónsul como término fatal, tuvo Mr. Otto el placer

(2) Pero en virtud del artículo 3.º de los preliminares quedaba el Cabo declarado puerto franco; ventaja inmensa para Inglaterra, que le consideraba como escala necesaria para consolidar su imperio en la India.

(N. del T.)

(3) También debían evacuar los franceses el Estado Romano.

—Artículo 7.º de dichos preliminares.

(N. del T.)

de poner su firma al pie de los preliminares de paz, placer profundo y sin igual, porque jamás negociador alguno había tenido la dicha de asegurar con su firma tantos medros para su patria.

Convínose en mantener secreta esta noticia en Londres durante veinticuatro horas, para que pudiera el correo de la legación francesa ser el primero que la anunciase al gobierno. El afortunado correo salió el 1.º de octubre por la noche, y llegó á la Malmaison el día 3 (11 vendimiario) á las cuatro de la tarde. Celebraban en dicha hora los tres cónsules consejo de gobierno: al abrir los despachos fué tan viva la sensación, que abandonaron sus tareas para abrazarse mutuamente. El primer cónsul, que deponía de grado toda reserva con los hombres á quienes dispensaba su confianza, manifestó todos los sentimientos que rebosaban en su corazón. Resultados tan grandes alcanzados en tan corto tiempo: el orden, la victoria, la paz, devueltos á la Francia por su genio y por su trabajo constante, en el espacio de dos años, eran beneficios que seguramente podían envanecerle y colmarle de felicidad. En los esparcimientos de una recíproca satisfacción le dijo Cambaceres: «Ahora que hemos concluido un tratado de paz con Inglaterra, es preciso celebrar un tratado de comercio para que desaparezca entre los dos países todo motivo de desavenencia.—No tan de prisa, le contestó el primer cónsul con vivacidad: la paz política está hecha, tanto mejor y justo es que gocemos de ella; pero en cuanto á la paz comercial la haremos cuando podamos; no quiero á ningún precio sacrificar la industria francesa; tengo presentes los infortunios de 1786.» Para que esa pasión singular é instintiva para los intereses de la industria francesa se manifestase en semejante circunstancia, era preciso que fuera en él en extremo dominante y muy poderosa; pero el cónsul Cambaceres con su sagacidad acostumbrada había herido la dificultad que más adelante ocasionaría un nuevo y casi inevitable rompimiento entre ambos países.

Al punto se envió la noticia á París para que se publicase inmediatamente.

Al anochecer resonaban las salvas en las calles, y todos inquirían unos de otros el feliz acontecimiento que motivaba tales manifestaciones; acudía la gente á los lugares públicos, donde los comisionados del gobierno tenían orden de anunciar la firma de los preliminares. En efecto, la conclusión de la paz se proclamó en un momento en todos los teatros, en medio de una alegría de la cual hacía mucho tiempo no había habido ejemplo. Esta alegría era natural, porque la paz con Inglaterra era la verdadera paz general, consolidaba la tranquilidad del continente, destruía la causa de las coaliciones europeas, y abría el mundo entero á la actividad de nuestro comercio y de nuestra industria. Aquella noche apareció la ciudad repentinamente iluminada.

El primer cónsul dió inmediatamente su ratificación al tratado de preliminares y comisionó á su edecán Lauristón para que la llevase á Londres. Si grande y general era el contento en Francia, en Inglaterra rayaba en delirio. La noticia que los negociadores trataron de ocultar al principio había llegado á traslucirse, y fué preciso ponerla en conocimiento del lord corregidor de Londres por medio de un mensajero; este mensajero causó tanto más efecto cuanto que hacía ya algunas horas se

susurraba el rompimiento de las negociaciones. Entregóse el pueblo inmediatamente y sin reserva á aquellas violentas manifestaciones de júbilo que son peculiares del carácter apasionado de la nación inglesa. Los carruajes públicos que salían de Londres llevaban escritas con yeso y con letras enormes las palabras PAZ CON LA FRANCIA, y en todas partes los detenían, los desenganchaban y los arrastraban en triunfo. No parecía sino que todos los males del hambre y de la carestía iban á concluir de una vez; todos soñaban con beneficios desconocidos, inmensos é imposibles. Hay días en que los pueblos, así como los individuos, cansados de aborrecerse, sienten la necesidad de una reconciliación aun cuando sea pasajera y engañosa. En aquel momento, por desgracia tan breve, casi creía el pueblo inglés ser amigo de la Francia; adoraba al héroe, al sabio que la gobernaba, y exclamaba alborozado: ¡Viva Bonaparte!

Tal es la humana dicha: sólo es viva y profunda en nuestro corazón cuando ignoramos el porvenir. ¡Demos gracias á la eterna sabiduría de Dios de haber cerrado á los hombres el libro del destino! ¡Qué fríos y desalentados hubieran quedado aquel día todos los corazones si rasgándose de repente el velo que ocultaba el porvenir, hubieran podido ver ante sus ojos, ingleses y franceses, quince años de odios tremendos, de una guerra encarnizada, y el continente y los mares inundados con la sangre de los dos pueblos! ¡Y cuál no hubiera sido la consternación de Francia si mientras se creía grande, y grande para siempre, hubiese entrevisto en una página de ese formidable libro del destino los tratados de 1815! ¡Y cuáles no fueran la sorpresa y el espanto de ese héroe sabio y victorioso que la gobernaba, si en medio de sus más hermosas obras hubiera podido advertir sus inmensos yerros, si en medio de aquella prosperidad tan pura hubiera entrevisto su tremenda caída y su martirio! ¡Oh, sí: bien ha hecho la Providencia en sus inescrutables designios en no descubrir al hombre más que lo presente; ya él es demasiado grande para su débil corazón! Pero nosotros que sabemos hoy todo lo que pasó entonces y lo que después se ha cumplido, procuremos suponernos por un momento en la ignorancia de aquel tiempo para comprender y participar aquellas vivas y profundas emociones.

Aún quedaba en Londres una leve duda que turbó un tanto la pública alegría, porque no habían llegado las ratificaciones del primer cónsul, y se temía alguna resolución repentina de aquel carácter impetuoso, altanero y exigente. Penosa era esta duda; pero sípese de repente en Londres que un propio, edecán del primer cónsul y uno de sus compañeros de armas, el coronel Lauristón, se había apeado en casa de Mr. Otto, y que traía la ratificación del tratado. Libre entonces de la duda que le contenía, desbórdase al momento el júbilo popular, acude el gentío á la morada de Mr. Otto, encuéntrale subiendo al coche con el coronel Lauristón, para pasar en busca de lord Hawkesbury y hacer el cambio de las ratificaciones; desengancha el pueblo los caballos y conduce á los dos franceses á su destino.

De casa de lord Hawkesbury debían dirigirse los dos negociadores á la del primer ministro Mr. Addington, y después al almirantazgo en busca de lord Saint-Vicent, y el pueblo obstinado quiso arrastrar el carruaje á todos estos puntos. Finalmente, tal llegó á ser el gentío en e

palacio del almirantazgo, tan grande y extraña la confusión, que temeroso lord Saint-Vicent de cualquier suceso desagradable, se puso en persona á la cabeza del acompañamiento, para que alguna oleada no derribase el coche y no concluyese de una manera lastimosa aquel júbilo convulsivo. Transcurrieron muchos días en regocijos de esta especie y en manifestaciones del más extraordinario contento.

Es muy digno de atención que unas cuantas horas después de firmarse los preliminares, llegó un correo de Egipto con la noticia de la rendición de Alejandría, que tuvo lugar el 30 de agosto de 1801 (12 fructidor). «Este correo, dijo lord Hawkesbury á Mr. Otto, llega ocho horas después de firmar el tratado: tanto mejor, porque de llegar antes, la opinión pública nos hubiera obligado á ser más exigentes, y probablemente la negociación hubiera quedado rota. La paz es preferible á una isla de más ó de menos.» Este honrado ministro tenía razón; pero su mismo dicho es una prueba de que la resistencia de Alejandría fué útil, y de que aun en los casos desesperados siempre conviene obedecer á la voz del honor, que aconseja resistirse el mayor tiempo posible.

Convínose en que se reunirían plenipotenciarios en la ciudad de Amiéns como punto intermedio entre Londres y París, para redactar el tratado definitivo. El gabinete británico escogió á un antiguo y respetable militar que había combatido largo tiempo con gloria por su patria, pero que creía llegado el momento de poner término á los males del mundo, y era lord Cornwallis, uno de los personajes que de más estimación gozaban en la Gran Bretaña. Lord Cornwallis había mandado los ejércitos ingleses en América y en la India; había sido gobernador general de Bengala y virrey de Irlanda á fines del siglo último. Convínose en que este personaje pasase á París á felicitar al primer cónsul antes de trasladarse al punto señalado para las negociaciones.

El primer cónsul por su parte eligió á su hermano José, que era su predilecto, y que por sus buenas prendas exteriores y por la dulzura de su carácter era muy apto para el papel de pacificador que habitualmente se le confiaba. José había firmado la paz con la América en Morfontaine y con el Austria en Luneville; iba ahora á firmarla con la Inglaterra en Amiéns. Hacía de este modo el primer cónsul que recogiese su hermano los frutos que él mismo había cultivado con sus manos triunfadoras. Mr. de Talleyrand, que veía recaer en cierto modo en un personaje extraño á las tareas de nuestra diplomacia toda la gloria aparente de dichos tratados, no pudo menos de manifestarse un tanto resentido, por más que quiso reprimirse, y su momentáneo despecho fué observado por el ojo escrutador y maligno de los diplomáticos residentes en París, que sacaron de aquel hecho asunto para llenar notas enteras. Pero sabía el hábil ministro que no convenía enajenarse el aprecio de la familia del primer cónsul, y que fuera de ésta, si después de conceder toda la justa gloria al general Bonaparte quedaba algún sobrante que atribuir á otro en aquellas felices negociaciones, el público europeo sólo se lo concedería al ministro de Negocios extranjeros.

Las negociaciones entabladas con diversos Estados, y no terminadas aún, se concluyeron casi inmediatamente. Poseía el primer cónsul el arte de producir grandes

efectos en la imaginación de los hombres, por cuanto él mismo estaba dotado de una privilegiada imaginación. Allanó todas las dificultades que existían con las diversas cortes, y quiso colmar sucesivamente á la Francia de satisfacciones de toda especie, abrumarla con ellas, aturdira y embriagarla á fuerza de resultados extraordinarios,

Concluyó con el Portugal, é hizo que su hermano Luciano firmase en Madrid las condiciones de Badajoz primeramente rechazadas, con algunas modificaciones de poca monta. No se volvió á insistir en la ocupación de una de las provincias portuguesas, porque determinadas las bases de la paz con Inglaterra después de la entrega de la Trinidad, no había ya interés ninguno en retener las prendas que quería en un principio sirviesen de garantía. Convínose en una indemnización de los gastos ocasionados por la guerra, y en algunas ventajas comerciales para nuestra industria, como, por ejemplo, la introducción inmediata de nuestros paños, y el que se nos tratara con toda la preferencia concedida á la nación más favorecida en todo lo perteneciente á nuestros productos. Estipulóse formalmente la exclusión de los buques ingleses, mercantes y de guerra, hasta la celebración de la paz.

La evacuación de Egipto ponía término á todas las diferencias que existían entre Francia y la Puerta Otomana. Mr. de Talleyrand concluyó en París con un ministro del sultán los preliminares de paz que estipulaban la restitución del Egipto á la Puerta, el establecimiento de las antiguas relaciones entre ambas potencias, y la observancia de todos los tratados anteriores de comercio y navegación (1).

Iguals convenios se hicieron con las regencias de Túnez y de Argel.

Firmóse con la Baviera un tratado para reponerla con respecto á la república en las mismas relaciones de alianza que existieron un tiempo entre dicha corte y la antigua monarquía francesa, cuando protegía ésta á todas las potencias alemanas de segundo orden contra la ambición de la casa de Austria: lo cual equivalía á renovar los tratados de Westfalia y de Teschen. La Baviera abandonaba directamente á la Francia todo lo que había poseído en la ribera izquierda del Rin; la Francia en trueque prometía emplear su influjo en las negociaciones de que serían asunto en breve los negocios germánicos para proporcionar á la Baviera una indemnización suficiente y convenientemente situada. La Francia además salía garante de la integridad de sus Estados.

Finalmente, para terminar la obra de la pacificación general se firmó después de prolongados debates entre Mr. de Markoff y Mr. de Talleyrand el tratado con la Rusia que restablecía de derecho una paz ya existente de hecho. Según ya hemos visto, había mostrado el nuevo emperador menos energía en su resistencia á las pretensiones marítimas de la Inglaterra, pero también menos ostentación y exigencia en la protección concedida á los pequeños Estados alemanes é italianos que formaron parte de la coalición contra la Francia. Jamás suscitó Alejandro dificultades por lo tocante al Egipto;

(1) Por el tratado celebrado con la Puerta reconoció la república francesa la constitución de la república de las Siete-Islands. (N. del T.)

pero aun cuando así no fuera, todas tenían que desaparecer en virtud de los últimos acontecimientos. Tampoco aspiraba él á la dignidad de gran maestro de la orden de Malta, lo cual facilitaba la reconstitución de esta orden sobre su antigua base, según se había convenido con la Inglaterra. Sólo Nápoles y el Piamonte ofrecían con respecto á Alejandría asunto de serias desavenencias, pero persistiendo y ganando tiempo se salvaron las principales dificultades relativas á estos dos Estados. Acababa de prometerse á los ingleses la evacuación de la rada de Tarento. La Rusia se daba por satisfecha y miraba aquello como el cumplimiento de una condición esencial á su honor, que era la integridad de los Estados de Nápoles. No volvió á hacer mención de la isla de Elba. Por lo que hace al Piamonte, cada día que se prolongaba el silencio de la Inglaterra durante la negociación de Londres, iban creciendo más los ánimos del primer cónsul para no devolver tan importante provincia al rey de Cerdeña. Invocaba la Rusia las promesas que sobre este negocio se habían hecho; el primer cónsul contestaba diciendo que también á él se le había prometido defender el verdadero derecho marítimo en toda su acepción, y que después se había abandonado parte de él á la Inglaterra. Convínose en un artículo por el cual se prometía tratar amigablemente y con buena fe sobre los intereses de S. M. el rey de Cerdeña y de guardarle los miramientos compatibles con el estado actual de las cosas. Con esta salvedad podía tratarse á aquel príncipe con libertad desmedida, hasta reducirle á la promesa de indemnizarle más adelante con el ducado de Parma ó de Plasencia, según proyectaba á la sazón el primer cónsul. La conducta del rey de Cerdeña, su lealtad con los ingleses durante la última campaña de Egipto, habían irritado profundamente al jefe del gobierno francés. Éste, no obstante, tenía para obrar así razones más poderosas que su mera cólera: aspiraba al Piamonte por considerarle como la provincia italiana más deseable para nosotros, puesto que por ella podíamos caer en todo tiempo sobre la Italia manteniendo un ejército permanente en su territorio. Era, en fin, el Piamonte para la Francia lo que el Milanesado fué tanto tiempo para el Austria. En cuanto á los negocios de Alemania, siempre estuvimos de acuerdo con la Rusia; por lo tanto no ofrecía este último punto la menor dificultad.

Redactóse, pues, el tratado sobre estas bases de conformidad con el nuevo negociador Mr. de Marcoff, recientemente llegado de San Petersburgo. Firmóse un primer tratado patente en que se dijo lisa y llanamente que quedaba restablecida la buena inteligencia entre los dos gobiernos, y que éstos no tolerarían que los súbditos emigrados de uno ú otro país urdiesen tramas culpables contra su patria. Este artículo aludía por una parte á los polacos y por la otra á los Borbones (1). A este tratado patente se añadió un convenio secreto, en que se decía que habiendo quedado satisfechos los dos imperios de su intervención en los asuntos de Alema-

(1) Quedan restablecidas las relaciones comerciales entre ambos países en el mismo pie en que estaban antes de la guerra, y en cuanto fuera posible con las modificaciones á que hubiesen dado lugar el tiempo y las circunstancias. Además se declaraba dicho tratado común á la república bávara. (Artículos 5.º y 6.º de dicho tratado patente). (N. del T.)



Talleyrand

Nápoles quedarían evacuados al celebrarse la paz marítima, y gozarían de la neutralidad en caso de guerra; y por último que se trataría amigablemente de los intereses del rey de Cerdeña en tiempo oportuno y del modo más compatible con el estado actual de las cosas (2).

Envió inmediatamente el primer cónsul á su edecán Caulaincourt á San Petersburgo, confiándole una carta para el joven emperador, concebida en lenguaje astuto y halagüeño, en la cual se daba el parabién por la paz celebrada, le informaba con una especie de complacencia de una multitud de pormenores, y parecía proponerse ventilar de concierto con él todos los grandes negocios del universo. Mr. de Caulaincourt debía reemplazar á Duroc, que se había apresurado demasiado al salir de San Petersburgo, mientras no estuviese nombrado el embajador que allí había de residir. Había enviado el primer cónsul á Duroc una suma considerable para que asistiese á la coronación del emperador y representase dignamente á Francia en aquella ceremonia;

(2) En el convenio secreto se estipuló además especialmente que la casa de Carignán será indemnizada, caso de no restituirle el primer cónsul el Piamonte. Conviene tenerlo presente para la inteligencia de los sucesos ulteriores. (N. del T.)

pero éste, sin tomarse el tiempo necesario para recibir dicha orden, emprendió su marcha. Otro motivo también contribuyó á que así lo hiciese: había hecho Alejandro que se le invitase para asistir á su coronación, pero el ministro Panin no le transmitió la invitación. Llegó el día en que se suscitó una explicación sobre este suceso, y el emperador, ofendido del desprecio que se había hecho de sus órdenes, mandó á Panin que se retirase á sus haciendas y puso en su lugar á Mr. Kotschoubey, uno de los miembros de su consejo secreto. Sirvióle esto al joven emperador para empezar á emanciparse de los personajes que habían contribuido á su elevación y que querían arrastrarle hacia un sistema político exclusivamente inglés. Todo, pues, anunciaba que se volvería á entrar en buenas relaciones con Rusia, y los miramientos delicados y lisonjeros del primer cónsul no podían menos de hacer más cierto este resultado.

Estos diversos tratados que completaban la paz del mundo fueron firmados casi al mismo tiempo que los preliminares de Londres. La satisfacción pública llegó á su colmo, y se decidió celebrar la paz general con una gran festividad. Señalóse para ésta el 18 brumario; no podía escogerse mejor día, puesto que sólo á la revolución del 18 brumario debían atribuirse tan grandes resultados. Tocóle asistir á ella á lord Cornwallis, y llegó á París el 16 brumario (7 de noviembre) con muchos de sus compatriotas. Apenas se firmaron los preliminares empezaron á menudear en casa de Mr. Otto las pretensiones de pasaportes para Francia. Habíansele enviado trescientos: no bastaron y fué necesario remitirle un número ilimitado de ellos. Igual premura mostraron en obtener salvoconductos los buques destinados á traernos mercaderías inglesas y á llevarse las nuestras. Accedióse á todas estas peticiones con la mejor voluntad, y halláronse inmediatamente restablecidas las relaciones recíprocas con una prontitud y un ardor increíbles.

El 18 brumario estaba París lleno de ingleses impa-

cientes de ver á esta nueva Francia cubierta tan de repente de prosperidad y gloria, y sobre todo de contemplar al hombre que en aquel momento causaba la admiración de Inglaterra y del universo. El ilustre Fox entraba en el número de los ingleses impacientes por visitar la Francia. El día de aquella festividad, tan memorable para el júbilo pacífico de todas las clases de ciudadanos, se prohibió la circulación de los carruajes; sólo se exceptuó de esta medida general al de lord Cornwallis, y el gentío abría calle con respetuoso miramiento al noble representante de los ejércitos ingleses que venía á autorizar la paz de su nación con la nuestra. Sorprendido quedó al ver la Francia tan diversa del cuadro espantable y horroroso que de ella trazaban los emigrados en Londres. Todos sus compatriotas participaban de la misma emoción, y la expresaban con admiración sencilla.

Mientras se celebraba esta festividad en París, dábale en la ciudad de Londres un banquete suntuoso, en el cual resonaban entre las más entusiastas aclamaciones los siguientes brindis:

¡Al rey de la Gran Bretaña! ¡Al príncipe de Gales!

¡A la libertad y á la prosperidad del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda!

Al primer cónsul Bonaparte, á la libertad y á la felicidad de la república francesa.

Acompañaron á este último brindis estrepitosas y unánimes aclamaciones.

Estaba hecha la paz de la Francia con todas las potencias del orbe. Quedaba por hacer una sola paz, quizás más difícil que las precedentes por cuanto exigía la intervención de un genio muy diverso del genio de las batallas, y era también muy deseable, puesto que sólo ella había de restablecer la tranquilidad de las conciencias y la unión de todas las familias; esta paz era la de la república con la Iglesia. Es llegado, pues, el momento de narrar las trabajosas negociaciones que para lograrla se entablaron con el representante de la Santa Sede.

LIBRO DUODÉCIMO

CONCORDATO

La Iglesia católica durante la revolución francesa. — Constitución civil del clero decretada por la Asamblea Constituyente. — Esta Constitución se había propuesto asimilar la administración de los cultos á la del reino, establecer un diócesis en cada departamento, hacer que los fieles eligiesen á los obispos y dispensar á éstos de la institución canónica. — Juramento exigido al clero de observar dicha Constitución. — Negativa de jurarla y cisma. — Diversas categorías de clérigos, sus cargos y su influencia. — Inconvenientes que este estado de cosas ofrecía. — Pretextos que suministraba á los enemigos de la revolución para introducir la discordia en el Estado y en las familias. — Sistemas propuestos para atajar este mal. — Sistema de inacción. — Sistema de una Iglesia francesa haciendo cabeza de ella al primer cónsul. — Sistema de fomentar el protestantismo. — Opiniones del primer cónsul sobre los varios sistemas propuestos. — Concibe el proyecto de restablecer la religión católica ajustando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia. — Pretende la deposición de los antiguos obispos titulares, una circunscripción comprensiva de 60 sedes episcopales en vez de 158, la creación de un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas las sectas, la pertenencia de la policía de los cultos al Estado, un salario para los curas de almas en vez de una dotación territorial, y por último la confirmación de las ventas de bienes nacionales por la Iglesia. — Relaciones amistosas entre el papa Pío VII y el primer cónsul. — Monseñor Spina, encargado de negociar en París, retrasa la negociación con una mira temporal por parte de la Santa Sede. — Deseo secreto de recobrar las Legaciones. — Monseñor Spina conoce finalmente la necesidad de concluir pronto. — Su entrevista con el cura Bernier, comisionado por parte de la Francia. — Dificultades del plan propuesto á la corte romana. — El primer cónsul envía su proyecto á Roma y solicita del papa explicaciones. — Consulta de tres cardenales. — Después de esta consulta pretende el papa que se declare la religión católica como religión del Estado, que se le dispense de deponer á los antiguos titulares, y de consagrar la venta de los bienes de la Iglesia de una manera explícita, etc. — Debates con Mr. de Cacault, ministro de Francia en Roma. — Cansado el primer cónsul de la lentitud de la negociación, manda á Mr. de Cacault que salga de Roma en el término de cinco días si en éste no queda adoptado el Concordato. — Temores del papa y del cardenal Consalvi. — Mr. de Cacault sugiere al gobierno pontificio la idea de enviar á París al cardenal Consalvi. — Partida de éste para Francia, y sus temores. — Su llegada á París. — Benévola acogida del primer cónsul. — Conferencias con el cura Bernier. — Avenencia en cuanto al principio de una religión para el Estado. — Declárase la religión católica como religión de la mayoría de los franceses. — Acéptanse con algunas variantes de redacción todas las demás condiciones del primer cónsul relativas á la deposición de los antiguos titulares, á la nueva circunscripción y á la venta de los bienes de la Iglesia. — Avenencia definitiva sobre todos los puntos. — Esfuerzos hechos en el último momento por los enemigos del restablecimiento de los cultos para impedir que el primer cónsul firmase el Concordato. — Tesón de éste. — Firma otorgada el 15 de julio de 1801. — Regreso del cardenal Consalvi á Roma. — Satisfacción del papa. — Solemnidad de las notificaciones. — Elección del cardenal Caprara para legado á latere. — Deseo del primer cónsul de celebrar el 18 brumario la paz con la Iglesia juntamente con la paz hecha con todas las potencias europeas. — La necesidad de dirigirse á los antiguos titulares para obtener su dimisión ocasiona cierta tardanza. — Solicita el papa de todos los antiguos obispos, constitucionales y no constitucionales, que hagan su dimisión. — Prudente sumisión de los constitucionales. — Noble resignación de los miembros del antiguo clero. — Contestaciones memorables. — Sólo oponen resistencia los obispos retirados en Londres. — Dispónese todo para el restablecimiento del culto en Francia, pero una fuerte oposición procedente del tribunalado da margen á nuevas dilaciones. — Necesidad de triunfar de esta oposición antes de pasar adelante.

Mucho hubiera deseado el primer cónsul que el día aniversario del 18 brumario, consagrado á celebrar la reconciliación de Francia con Europa, pudiera destinarse también á celebrar su reconciliación con la Iglesia. Hizo los mayores esfuerzos para que las negociaciones con la Santa Sede terminasen en tiempo oportuno y para que las ceremonias religiosas coincidiesen con las fiestas populares; pero es aún menos fácil tratar con las potencias espirituales que con las potencias temporales, porque para lo primero no basta ganar batallas; y es justa gloria del pensamiento humano el no poder ser vencido sino por la fuerza auxiliada con la persuasión. Esta difícil obra de persuasión y fuerza reunida fué la que emprendió el vencedor de Rívoli y de Marengo con respecto á la Iglesia Romana, para reconciliarla con la república francesa.

La revolución, ya varias veces lo hemos apuntado, se excedió de su objeto en muchas cosas; hacerla re-

troceder en éstas solamente, y obligarla á ceñirse á su verdadero objeto, era una reacción legítima y saludable que el primer cónsul había emprendido, y que á la sazón hacían admirable la sabiduría y habilidad de los medios que empleaba para llevarla á cabo.

La religión era evidentemente uno de los objetos para con los cuales había infringido la revolución todos los principios justos y racionales; ningún otro merecía más cumplida reparación.

Había existido bajo la antigua monarquía un clero poderoso, dueño de una gran parte del territorio francés, exento de todas las cargas públicas, que sólo cuando le parecía hacía al Tesoro real sus donativos voluntarios, constituido en poder político, y formando uno de los tres brazos que en los Estados Generales representaban la voluntad nacional. La revolución arrancó de cuajo con todo el clero, sus bienes, sus privilegios y su influjo; arrebatólos su torrente á una con la nobleza, los parla-